



Gonzalo Rojas:

El Nuevo Sur

22-XI-1992, P. E3

El Mismo

Por Jaime Quezada

—“Si yo soy Gonzalo Rojas, el mismo”, responde el poeta, con voz redonda y segura, cuando el Ministro de Educación, Jorge Arrate, le comunica por teléfono que se le ha otorgado el Premio Nacional de Literatura 1992. Luego, al dejar el fono, con resuelta y casi humilde frase, dice: “Me dieron el premio”. Soy el primero en abrazarlo. Siento una emoción que me estremeca, como si toda la poesía de Chile pasara por un instante en este abrazo. No puedo decirle palabra. Me veo el poeta de veinte años leyendo poemas con Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción. Súbitamente recuerdo un verso del Danto: Maestro, ségame el gran amor con que he estudiado tu obra. Son las 10 y media de la mañana de este viernes 13 de noviembre. Y la buena noticia abre como un sol el nublado cielo de Chillán.

El día empieza temprano en la casa de Gonzalo Rojas. El poeta se ha vestido elegantemente: termo, chaleco, camisa blanca de almidonado cuello, corbata a manchas color concho de vino. Tiene la imagen de un retrato hacia la inmortalidad: “Leo en la nebulosa mi suerte cuando pasan las estrellas veloces y oscurisimas”. Está tranquilo, halagado que otros dos ya no tan jóvenes poetas —Floridor Pérez y Jaime Quezada— lo acompañen en este día D. No hay nadie más en casa. No es la primera vez esta trilogía de encuentro, tantos en diálogos y venuras. Sólo que ahora el encuentro tiene una significación especialísima: la poesía chilena puede ser reconocida aquí o allí, pero reconocida en relevancia y dignidad. “Los días van tan rápidos”, dice el poeta, “con mis semanas y los meses juntos que espero todavía”.

El poeta disimula tener alguna preocupación. A la hora del desayuno Gonzalo llega con un libro de Ezra Pound (*Personae*) a la redonda y sobria mesa. No se toca el tema del “premio” para nada, bastante debatido ya la noche anterior. Me pregunta por mis aficiones botánicas. Le cuento que leyendo muy niño un poema de Juan R. Jiménez encontré en unos versos la palabra *heliotropo*, la palabra ortensia. Y que al preguntarle a mi madre esas palabras desconocidas para mí, ella me llevó al patio y mostrándome unas hierbas entre las malezas me dijo: “Esta es la ortensia, este es el *heliotropo*”. Y que así nació en mí el interés por la botánica. (Lo que el poeta decía en el poema estaba en el patio de mi casa! La anécdota aligera las tareas de café. Y el poeta recuerda a Luis Gyarán, el botánico de los escritores, el ensayista de los ensayistas.

Rocío ha empezado la mañana. A esta hora el jurado ministerial-académico-universitario se reúne en Santiago. En su tranquila casa de Chillán el poeta reordena sus escritos del discurso que deberá leer en el Palacio Real de Madrid, y en presencia de Su Majestad, el próximo miércoles 2 de diciembre, al recibir el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Después da vueltas por una amplia y cómoda biblioteca. Toma un libro, no al azar, sino con intención de homenaje: una antología de Dulce María Loytatz, la poetisa y escritora cubana que acaba de ser distinguida con el Premio Cer-

vantes. Lee en voz alta unos líricos y rimados versos escritos en los años mozos de la nonagenaria autora: En mi jardín hoy rosas/ las rosas que mañana... El poema queda a media lectura. Suenan el teléfono. Instantáneamente se produce un sobresalto. Gonzalo atiende la llamada personalmente: “Estoy muy honrado y conmovido con la noticia. El verso que es el mayor honor para un escritor chileno, un reconocimiento de toda la vida dedicada al oficio, como decía nuestra Mistral. Yo con estos tres cuartos de siglo en las costillas, pero con 20 años en el corazón”. El ministro Arrate le pide que se mantenga en casa, pues al mediodía habrá una nueva comunicación, y esta vez con los periodistas. “Y cómo estuvo la contienda”, le pregunta el nuevo Premio Nacional de Literatura. “Difícil-lacil”, parece decirle el ministro, y se alcanza a escuchar una leve sonrisa a través de la línea.

Ahora los parabienes. Lo primero que hace Gonzalo Rojas después de los abrazos es llamar a Hilda R. May, su mujer, que enseña en una universidad norteamericana. El poeta se ve relajado y sin tensiones, aunque guarda silencio. Unas buenas señoras traen una botella de champaña y una bandeja con dulces chillaneños. “Toda la poesía en una copa ancha como la tierra”, digo al unísono brindis. “No es casual que Gonzalo no tenga champaña en casa”, dice el poeta Floridor Pérez, “asistimos a otra celebración: un festejo de todos, incluyendo los otros candidatos”. Y luego remata con una frase de Gabriela Mistral: “Todo mérito se salva”. Gonzalo parece estar en el aire, en la realidad. Hay un bellissimo y notable momento de reflexión: un dar gracias. El poeta recuerda, otra vez, a Luis Gyarán, a Alfredo Lefebvre (uno de los primeros y lúcidos estudiosos de su obra), a Martín Cerdá. Recuerda a su padre sobre un caballo atravesando un río, se recuerda a sí mismo cuando niño en su Lebu natal, “cuando el viento y la lluvia me mecían”.

En estas evocaciones y presencias memoriales están también los avatares de la vida: “Vaticinamos, en un ejercicio implacable de ser hombres, hombres totales y genuinos. De aquí, de allá: ¿de siempre? Los poetas jugamos —más vates que jugadores acaso—, jugamos en el filo más terrible del peligro entre eso que llamamos realidad y eso otro que dicen irrealidad. Y, sin insidia mística alguna, estaremos intentando siempre a, si se quiere, elistando lo invisible desde lo visible”. Afuera, en el jardín hogareño, aroman las clavellinas, florecen las rosas. El poeta se pone su gorra de navegante griego y la primera fotografía medio perdida entre las plantas.

Aunque con un resultado un tanto deportivo (3x1), la decisión del jurado no pudo ser más justa y meritória. Se premia a uno de nuestros poetas más vigentes y representativos de la poesía chilena de este siglo veinte. Y, sobre todo, por una “evolución literaria que ha logrado, en sus obras, visiones profundas y universales del hombre y su circunstancia, valiéndose de un lenguaje poético original, pleno de imágenes y símbolos”.

Pasa el día en la casa del poeta, y toda

Gonzalo Rojas, el mismo [artículo] Jaime Quezada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Jaime, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gonzalo Rojas, el mismo [artículo] Jaime Quezada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile